Resumen del texto 19: El cristianismo (III)

El texto 19 ofrece una síntesis lógica y teológica profunda de la fe cristiana a partir de las estructuras fundamentales de la Biblia. Mientras que la ciencia moderna estudia la Biblia principalmente desde una perspectiva histórica, este texto se centra en la coherencia lógica inherente a la revelación bíblica.

A través de conceptos clave como el par dinamista «carne y espíritu», los elementos del mundo, la estructura estratificada del infierno y la naturaleza del cuerpo de la resurrección, se desarrolla la esencia del cristianismo.

1. El dinamismo bíblico: carne frente a Espíritu

El marco central del pensamiento bíblico es el dinamismo, es decir, la concepción de que la religión gira esencialmente en torno a la energía espiritual o fuerza vital (*dunamis* o *virtus*).

A partir de Génesis 6:3, las Escrituras distinguen dos niveles fundamentales de fuerza vital:

- *Espíritu*: la energía vital santa e inagotable que es propia de Dios (Yahvé, la Santísima Trinidad).

- *Carne*: un nivel inferior de fuerza vital, o un nivel debilitado por el pecado y la conducta inmoral.

El nivel de fuerza vital disponible determina el destino del ser humano. En los días de Noé, la unión licenciosa entre los ángeles caídos («hijos de Dios») y las hijas de los hombres dio lugar a los nefilim o poderosos. Como la humanidad cayó bajo el dominio de la carne, Dios retiró su Espíritu, dejando a los seres humanos desprotegidos frente a las fuerzas destructoras del Diluvio. Una dinámica semejante se produjo en los días de Lot, cuando la sodomía descarada en Sodoma provocó una pérdida de energía y la destrucción mediante azufre ardiente.

En el sentido bíblico más estricto, la «carne» se manifiesta allí donde el ser humano se entrega a un erotismo sin escrúpulos y a una religión falsa. Así, según Proverbios 7, la prostitución es un camino directo al Seol (el inframundo), porque se expulsa la herencia del Espíritu de Dios y el ser humano degenera hasta convertirse en una figura infernal. La posesión de Sara por el demonio Asmodeo (Tobías) y el desenfreno sexual cultual sin escrúpulos en Sitim (Números 25) ilustran igualmente cómo la carne priva al ser humano de la fuerza vital divina.

2. Espíritu sutil, pureza y cuerpo de la resurrección

El Espíritu de Dios está presente en toda la creación, pero también se manifiesta como una energía sutil o de materia extremadamente fina. Esta energía santa puede transmitirse mediante el contacto físico y requiere un

estado de pureza adecuado. En el Antiguo Testamento, los sacerdotes debían quitarse sus vestiduras sagradas de lino antes de mezclarse con el pueblo, para evitar que las personas profanas sufrieran daños por la transmisión de energía sutil. De este modo, la ley también preservaba la frontera entre lo sagrado y lo profano, y entre lo puro y lo impuro.

El dinamismo bíblico reconoce, además, dos tipos de cuerpos sutiles:

- *El cuerpo anímico psíquico*: el cuerpo etéreo del alma inmortal que sobrevive a la muerte, como la aparición del profeta Samuel que asciende desde el Seol.

- *El cuerpo espiritual del espíritu*: el cuerpo glorificado de la resurrección.

Jesucristo reveló este cuerpo espiritual en su resurrección. Tanto en su nacimiento virginal como después de resucitar, Jesús podía atravesar puertas cerradas y muros, para después materializar su cuerpo a voluntad como una realidad tangible. En 1 Corintios 15, Pablo destaca que el primer Adán fue creado como un alma viviente (psíquica), mientras que el segundo Adán (Cristo) es un Espíritu vivificante (espiritual).

3. El moralismo bíblico, el Decálogo y los elementos del mundo

Un componente indispensable del dinamismo bíblico es el moralismo: vivir con conciencia conforme a los Diez Mandamientos (el Decálogo) constituye una condición absoluta para conservar el Espíritu de Dios. El Decálogo regula el culto a Dios y los valores humanos fundamentales, como el respeto por la vida, la sexualidad, la propiedad y la verdad. Quien siembra en la carne (libertinaje, magia, odio, falsos maestros y mentiras) cosechará corrupción, mientras que quien siembra en el Espíritu cosechará vida eterna.

En el plano cósmico y social, el ser humano se encuentra frente a Dios y su consejo celestial. Mientras que el monoteísmo bíblico profesa que solo existe un Dios creador, existen numerosos ángeles, dioses y gobernantes creados. Estos seres reciben el nombre de elementos del mundo (*elementa mundi*: tronos, dominaciones, poderes y fuerzas), que gobiernan las estructuras profanas del mundo. Satanás es considerado el dios y príncipe de este mundo, que ciega el pensamiento humano. Mediante su muerte en la cruz, su descenso a los infiernos y su resurrección, Cristo desarmó estas dominaciones y sometió a los gobernantes a su autoridad.

4. El poder y la impotencia del infierno, el orgullo y la evocadora de almas

El infierno (Seol o Hades) presenta una estructura claramente estratificada:

- *La capa superior*: posee poder físico y jurídico en la tierra, que se manifiesta en estructuras sociales impías y en la persecución.

- *La capa inferior* (Abadón): se caracteriza por el agotamiento total, las tinieblas y la ausencia absoluta de fuerza vital divina.

La autoexaltación terrenal y la riqueza sin Dios se apoyan en la carne y conducen inevitablemente a la caída al inframundo. Esto queda ilustrado por el juicio histórico sobre gobernantes orgullosos como Nabucodonosor, que cayó en un estado animal a causa de la locura, y Belsasar, que profanó los vasos sagrados del Templo durante su banquete.

Que los muertos siguen existiendo como sombras en el Seol se desprende de 1 Samuel 28. Cuando el rey Saúl, en una situación de extrema desesperación, consulta a la evocadora de almas de Endor, esta mujer dotada de facultades adivinatorias y de una gran fuerza vital espiritual (*elohim*) consigue hacer subir del inframundo la sombra del difunto profeta Samuel. Este anuncia la inminente caída de Saúl.

5. El misterio y su revelación escatológica

En el marco del pensamiento bíblico, todo sufrimiento o desgracia está relacionado con la retirada del Espíritu de Dios debido a la presencia del pecado o de las faltas. Un profeta o profeta-juez enviado por Dios saca a la luz secretos ocultos con su sola presencia y acelera el juicio divino. En el Libro de Daniel, el Dios Altísimo revela los misterios más profundos que permanecen ocultos para los magos paganos.

En última instancia, la historia de la salvación conduce al juicio final escatológico. Como enseña Pablo en 1 Corintios 4, Cristo, al regresar, sacará a la luz los secretos de las tinieblas y revelará las intenciones más profundas de todos los corazones. Entonces Jesús concederá justicia a los «pequeños» y a quienes actúan con conciencia, y la fuerza vital divina triunfará definitivamente.